

EN TEORÍA

# Fantasma, vampiros y otros monstruos literarios

por Gemma Lluch\*



AMELIE GLIENKE, ED. ALFAGUARA

*Los monstruos ya no son lo que eran, sostiene la autora de este artículo. Aquellos seres siniestros e inquietantes, que alimentaban con oscura generosidad todos nuestros temores, se han convertido, por obra de la televisión, el cine y el empeño desmitificador de la literatura infantil, en seres familiares, inofensivos e incluso cómicos. Los terribles y omnipotentes señores del miedo son, en estos momentos, una desvalida especie en peligro de extinción. ¿O acaso se han retirado a sus tenebrosas guaridas a preparar un espantoso retorno...?*



MATILDE GARCIA. ANAYA

---

«Lo comprendí perfectamente; mi única duda consistía en si podía existir un sueño más horrible que la red de tinieblas, antinatural y espantosa, que parecía cerrarse en torno a mí» (Drácula, 1897).

---

«Y cuando llegó al lugar donde viven los monstruos ellos rugieron sus rugidos terribles y crujieron sus dientes terribles, y movieron sus ojos terribles y mostraron sus garras terribles hasta que Max dijo «¡Quietos!» y los amansó con el truco mágico» (Donde viven los monstruos, 1963).

---

**A** épocas intermitentes la posibilidad de soñar a través de los libros ha sido negada a los niños. Durante estas épocas se imponía la lectura de libros que hicieran referencia a realidades...» Si les estaba prohibido soñar, ¿de qué «realidades» fantásticas tenían miedo estos niños?, ¿dónde se escondían los señores del miedo? Aunque tampoco hace falta pensar en pasado para hacerse esta misma pregunta porque, si bien es verdad que, en la actualidad, no hemos olvidado a los señores del miedo, no es menos cierto que su aspecto ha cambiado un poco. Ahora, todos los vampiros tienen la cara de Boris Karloff; a los

monstruos de aspecto fiero se les llama Gremlins o, con un toque más realista, se asemejan a los del planeta Dune; los fantasmas toman diferentes formas a través del rayo láser y son combatidos por brigadas especiales que se anuncian en el listín de teléfonos. Señores del miedo tan de plástico, tan parecidos a cualquier raza a punto de extinguirse y, además, en vías de reconversión profesional, porque su trabajo de asustar a la gente ya no funciona y andan como locos buscando otros empleos. Seguramente acabarán, como los indios americanos, dedicándose a entretener al turismo.

Dentro de esta maraña de reconversiones, ensaladas de mitos y nuevos «looks», nos toca a los lectores desmontar la «estrategia de la ilusión» y, a través de un juego de espejos, adivinar cuál es la imagen y cuál la realidad —si de realidades podemos hablar—: ¿el Frankenstein de Mary Shelley o el Herman Monster de la televisión?; ¿Boris Karloff-Drácula del cine o Rüdiger, el pequeño vampiro. En un reciente programa infantil (*Cosas de niños*, M. Obiols, TVE, 1988), a la pregunta quién es Frankenstein, unos niños decían: «tiene una divertida familia, es un poco tonto y tiene como mascota un dragón». Daban como original la falsificación, la imagen: en este caso, la desacralización. Frankenstein, para estos niños, ya no era un señor del miedo, sino un «tonto» que hacía reír. Los referentes han variado y me pregunto si toda la última literatura aparecida sobre vampiros y fantasmas, convence a los niños de que estos señores ya no dan miedo, o sólo nos ha convencido a los adultos. Porque ¿acaso les hemos dado, a los niños, la oportunidad de pasar miedo con vampiros y fantasmas?

### Los terrores de siempre

Vayamos por partes y hagamos un poco de historia. La lectura que pro-

duce horror y angustia forma parte de la nombrada literatura fantástica: «lo fantástico manifiesta un escándalo, una irrupción insólita casi insoportable en el mundo real» (R. Chaillois). En los cuentos y novelas de miedo, esta irrupción insólita, que casi siempre suele ser un personaje extraordinario, es exterior al hombre, como en el caso de vampiros; otras veces lo insólito es creación del hombre, como en el caso de Frankenstein. Estos seres vienen, a menudo, asociados a la muerte. No han aceptado morir y, castigados, sufren y hacen daño. Si en los primeros libros aparecían ligados a la idea del cristianismo, poco a poco ésta va desapareciendo, desdibujándose cualquier ligazón con dioses o demonios. A pesar de la importancia de estos personajes, Jaqueline Held opina que «más que ciertos temas o en ciertos personajes, la esencia de lo fantástico reside, en todo caso, en un cierto clima en el que, sutilmente, sueño y realidad se interpenetran hasta el punto de que toda línea de demarcación desaparece», y define como novela fantástica «aquella obra en la que la temática, la situación, la atmósfera, el lenguaje mismo, o todo esto, nos introduce en un mundo distinto de la percepción común, diferente, extranjero, extraño». Un mundo de misterio, de noches sin luz y parajes olvidados, donde la extrañeza y el misterio de unos acontecimientos que se van sucediendo, mezclados con el miedo que sentimos, van tramando la historia, la duda sobre quién vencerá. Ese creer o no, da lugar a la clave de lectura. Fantasmas, vampiros y monstruos que, aunque muchas veces sean definidos desde la misma narración como una ilusión, una percepción errónea de los sentidos, son el punto central de la narración. Como en la novela de Stoker, en la que «Drácula no escribe, es el único que no ejerce de co-narrador, sin embargo, desde su silencio, domina el espacio narrativo» (N. Zanquín). Los señores del miedo son silenciosos, no hablan;

sólo a través de los otros personajes, a través de los miedos que crean en los demás, los percibimos.

Estos personajes literarios, que ahora forman parte de la cotidianidad, fueron historia oral y parte del folklore de los pueblos; crearon miedos y supersticiones alrededor de la muerte y de los cementerios, pero cuando pasaron a los libros algo cambió. En pleno romanticismo, después del auge de la novela gótica, Mary Shelley recrea *Frankenstein* (1818) una antigua leyenda judía que habla de un robot humano creado por el hombre en competición con Dios, el Golem: «En la literatura judía y alemana del siglo XIX, muchos autores románticos han visto en el Golem un símbolo de sus conflictos y combates predilectos» (Chevalier, «Diccionario de los símbolos»). Más recientemente, en 1969, Isaac Bashevis escribe *El Golem*, tornando a la idea originaria, mientras que, en las actuales novelas de ciencia-ficción, el personaje del robot que crea muerte y destrucción es tema preferente. Recogiendo también otra leyenda —en este caso extendida por Rusia, Polonia, Europa central, Grecia y Arabia— y una tradición literaria que contaba con obras como *El vampiro* de Polidori, o *Carmilla* de Sheridan Le Fanu, Bram Stoker escribe, en 1897, *Drácula*, un mito que también forma parte de nuestra cotidianidad. Stoker fue un irlandés nacido en 1847, en plena época victoriana, interesado por los temas de magia y ocultismo. Coétaneo de Oscar Wilde y Henry James, une los elementos de la novela gótica y de intriga junto con la novela de terror. Escribiendo en primera persona, a través de diarios personales y de cartas o notas de prensa, nos sumerge en un misterio donde el terror es un sentimiento asociado a la existencia normal. Entre el misterio y la intriga, y junto a los personajes que viven los acontecimientos, tenemos miedo del castillo o del cementerio lleno de brumas y de un Drácula amoral, que domina seres y

animales, inteligente para urdir sus planes y con un fuerza interior sobrehumana que es capaz de reducirnos a la nada. El mito ha continuado vivo y, recientemente, Richard Matheson escribió *Soy leyenda*, una novela a medio camino entre la ciencia ficción y la novela de vampiros.

### Malos tiempos para fantasmas

Sin embargo, las creencias y las apreciaciones fantásticas cambian, igual que lo hace la apreciación del miedo: «... Una vez ví en el periódico este título: “El fantasma del desempleo recorre el país”. Yo no tengo ni idea de qué clase de fantasma será ése, pero, en todo caso, es uno que los mismos hombres se han hecho y a ese sí que parece que le tienen miedo» (*Malos tiempos para fantasmas*). De la misma manera que los miedos producidos por las lecturas nocturnas desaparecen con el sol de la mañana, los miedos cebados por las creencias de los tiempos antiguos desaparecen en el siglo de la razón y de la imagen. Lo que ayer nos aterrorizó hoy nos da risa. Nos reímos de unos personajes que sabemos que ya no existen, de su empeño en continuar existiendo y de las dificultades que esto les entraña. Así los hizo, ya en 1887, Oscar Wilde, con *El fantasma de Canterville*, cuento que narra las peripecias y dificultades de un rancio fantasma inglés que, a pesar de todas sus tretas, no logra asustar a los integrantes de la moderna familia americana que se ha instalado en su mansión. Un fantasma al que se le ofrece «lubricante Sol Naciente» para que no haga ruido con sus cadenas y deje dormir, y al que se asusta con una sábana en la que puede leerse: «El fantasma Otis. El único espectro genuino y auténtico. Desconfíe de las imitaciones». Pero, a pesar de la situación ridícula creada, Wilde respeta algunos elementos de la tradición: el fantasma reposará en paz sólo después de cumplir con la profecía y gracias a la ayuda



BABETTE COLE. ED. NOGUER

de una niña pura. Un año más tarde, el mismo autor publica *El gigante egoísta*, donde el monstruo-asustaniños se transforma en un auténtico bonachón que permite a los niños jugar en su jardín.

### Los nuevos terrores

En algún lugar del tiempo se dejó escrito: «Los dioses que despiertes no podrás volver a dormir». Una vez despiertos reinaron en la noche, nadie se atrevió a clavar la estaca definitiva en el corazón del conde ni a destruir la criatura creada en el castillo de Frankenstein, ni a su corte de monstruos y fantasmas... Y así, sabiendo los dioses del miedo que nunca volverían a dormir ni a dejar solitaria la noche humana; crearon los «Nuevos Libros sobre Antiguos Monstruos». La venganza estaba servida.

Hagamos un repaso de estos nuevos libros. En 1963, Maurice Sendak publica *Donde viven los monstruos*. Max, castigado en su habitación, acaba viajando hasta una isla donde viven los monstruos, pero en vez de asustarse, consigue dominarles y se convierte en su rey. Las ilustraciones muestran a un Max impassible, rodeado de aquellas «maravillosas criaturas». Una impassibilidad compartida, al parecer por otros niños: «Los monstruos que Max, el tiránico héroe niño, conjura en su imaginación pueden ser terribles para algunos niños, pero en apariencia son menos horripilantes que los dibujos que Maurice Sendak ha recibido de algunos de sus jóvenes admiradores, con preguntas como «¿Cuánto cuesta llegar a donde están las cosas salvajes? Si no es caro, mi hermana y yo queremos pasar allí el verano» (N. Tucker).

En algunas novelas actuales los vampiros y los monstruos aparecen asociados, formando una especie de héroe colectivo que bien podríamos identificar con cualquier otro grupo de marginación social. Ya no son fuerzas del mal, sino un colectivo en extinción. El misterio desaparece y vemos mezclados fantasmas y vampiros en una misma familia. Es el ejemplo de la novela corta *Malos tiempos para fantasmas*. O la serie de Angela Sommer-Bodenburg que comienza con *El pequeño vampiro*. En esta última, la soledad del pequeño vampiro y de su hermana les lleva a entablar una fuerte amistad con un niño que todavía cree en ellos; viven ya inmersos en una sociedad donde nadie, excepto el niño y el guardián del cementerio, cree en vampiros. *El último vampiro*, de Willis Hall, narra las aventuras del

último miembro de la familia Drácula, cuya leyenda todavía atemoriza a la aldea, aunque él sea vegetariano y amante de la buena música. En las novelas de fantasmas de ahora, siguiendo la tradición inaugurada por Wilde, los fantasmas lloran cuando, a través de una nota, son expulsados de la casa, como en *Matilde y el fantasma*, o cuando tienen la desgracia de estornudar en alguna de sus apariciones y el humano decide: «Desde ese momento yo le perdí todo el respeto al fantasma» (Janson, *Memorias de Papá Mumín*). ¡Y quién no!

Sin embargo, algunos autores como Jacqueline Held, piensan que el niño necesita de ogros, dragones y monstruos fantásticos para su crecimiento, porque la ficción literaria le ayudará a «desdramatizar y vencer los monstruos demasiado reales que hay en él y a su alrededor». Dentro de esta línea estaría Roald Dalh con dos de sus novelas cortas, *El Gran Gigante Bonachón* y *Los cretinos*, donde el personaje que ha de realizar la función del agresor reúne todas las características necesarias: malo, transgresor de la ley, falso y traidor, explotador del débil y, por supuesto, feo, como los Cretinos o los gigantes, que existen de verdad, y que, al final, serán destruidos por la niña buena o los pájaros y los monos amables. Aunque el ambiente de miedo e intriga que encontrábamos en las viejas novelas aquí desaparece.

Los personajes y miedos tradicionales se enmarcan dentro de una cultura agrícola, asociados a una religión y a supersticiones primitivas. Tal vez la literatura infantil y juvenil tiene planteado un nuevo reto en la búsqueda de significantes, o tal vez ya los ha encontrado con la literatura realista y sus temas de drogas, soledad, suicidio, o través de la ciencia-ficción. Las cosas han cambiado y, por ello, una manera de tener miedo nos la hemos dejado en el camino. O quizás, monstruos, fantasmas y vampiros duermen entre candilejas, esperando que la his-



BRIAN FROUD. Ed. ALFAGUARA

toria de otra vuelta a la tuerca o que los vampiros dejen de hablar tanto y recuperen la era del silencio y de los miedos fantásticos. Amigos, terroríficos sueños y hasta el anoche-  
cer. ■

\* Gemma Lluch es profesora de catalán en el I.B. Luis Vives de Valencia.

